

¡MARÍA, ILUMINA DE NUEVO NUESTRA JUVENTUD!

ANTE LAS FIESTAS DE LA INMACULADA
PATRONA DEL SEMINARIO 2019

Queridos amigos y familia del Seminario: ¡Tenemos Madre!

Por si acaso las dificultades de la actualidad, social y eclesial, pudiesen tentarnos con la inseguridad y el miedo, igual que a aquellos discípulos recién llamados por el Señor cuando las olas sacudían su barca, la celebración de la Inmaculada viene a recordarnos esta verdad: que tenemos Madre.

Es cierto que la travesía no parece pacífica por las inestables aguas de una sociedad cada vez más alejada de Dios, por el oleaje que golpea contra una Iglesia que parece más barquichuela que navío y por los vientos que soplan en contra de tantos modos y maneras. Sin embargo, como los últimos pontífices han subrayado tantas veces, no podemos dejarnos robar la esperanza.

Y María Inmaculada se presenta ante nosotros siempre, pero especialmente en los días de su fiesta litúrgica, como verdadera fuente de esperanza donde podemos beber el agua fresca que nos devuelve la vida y restaura nuestras fuerzas. *“Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo”* (Is 66,13), nos dice Dios a través del profeta. Me parece que esta puede ser una buena imagen para experimentar estos días: somos pocos en el Seminario Mayor y Menor, son pocos los jóvenes que participan en nuestras parroquias y actividades diocesanas, son pocas las familias con hijos que viven comprometidos la fe... pero tenemos Madre.

Una novena con su fiesta, un Rito de Admisión de un seminarista Mayor, una Vigilia de la Inmaculada. Vivamos estas jornadas en la actitud espiritual de sabernos niños en brazos de una Madre que nos consuela y nos regala la esperanza que viene de lo alto, que viene de Dios. Este consuelo, lejos de adormecernos en sus brazos, será la medicina que nos ponga en camino para, como ella, vivir a tope la voluntad de Dios en nuestra existencia cotidiana: ser fieles a la vocación que hemos recibido, entregar la vida y hacer de veras lo que tenemos que hacer cada uno.

EL SÍNODO DE LOS JÓVENES Y LA EXHORTACIÓN *CHRISTUS VIVIT*.

“Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida”. Con estas vibrantes palabras comienza el Papa Francisco su Exhortación Apostólica postsinodal *“Christus Vivit”*, que recoge las aportaciones del Sínodo de los Obispos 2018 sobre *“Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”*.

Queremos, durante la novena de este año, recoger este impulso y recibir el contenido de la Exhortación *“Cristo vive”*, convirtiéndola en materia de lectura, formación y meditación de estos días. Tenemos que recuperar nuestro interés y entusiasmo por la Pastoral Juvenil. ¡Nos lo está pidiendo la Iglesia! y nosotros mismos somos conscientes de la necesidad que tenemos de hacerlo.

Acercarnos a los jóvenes, como hizo Jesús en el camino de Emaús, con una actitud de escucha y ponernos a caminar con ellos. No basta convocar a los jóvenes a las actividades que se organizan para ellos. Tenemos que entrar en su mundo, hacernos compañeros de camino, escucharles para luego acompañarles.

¡María, ilumina de nuevo nuestra juventud! El lema de la novena, tomado de la Exhortación postsinodal, tiene al menos una triple lectura para nosotros:

- en primer lugar, se refiere a que la figura de María, la muchacha de Nazaret como la llama el Papa en el documento, continúa siendo un referente posible para los jóvenes donde ellos pueden descubrir la belleza y la alegría de la fe;

- por otro lado, mirarnos en el espejo de María hace que todos, más allá de la edad que tengamos, sintamos renovada la juventud de nuestra fe, esperanza y caridad y volvamos a decir Sí a la llamada que Dios nos hace cada día a trabajar por su Reino;

- en tercer lugar, la protección e intercesión de María, es sin duda una gracia que debemos acoger para que nuestra Diócesis y nuestro Seminario se renueven constantemente y puedan ofrecer siempre un rostro joven de la Iglesia, porque Cristo siempre es joven.

NECESIDAD DE ABRIR CAMINOS DE ACOMPAÑAMIENTO.

Uno de los temas centrales, tanto del Sínodo como de la exhortación, es el acompañamiento. Las circunstancias actuales de la evangelización hacen necesario dar prioridad al trato personal como herramienta central en el modo de hacer apostolado. Jesucristo nos enseña con el ejemplo de su vida terrena a tener un trato amistoso con las personas que lo rodeaban. Le encontramos muchas veces compartiendo mesa y conversación en casas de amigos y conocidos. Cualquier circunstancia le sirve para entablar relaciones de amistad.

También nosotros, viviendo con profundidad nuestra amistad con Dios, estamos llamados a lograr muchos y verdaderos amigos para Él. Esto exige tener verdadero trato con las personas y dedicarles tiempo. San Juan Pablo II decía en su preciosa Carta ante el tercer milenio: *“todas las iniciativas apostólicas que surjan en el futuro serán medios sin alma si no ponen su centro en querer sinceramente a todas las personas, en compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerles una verdadera y profunda amistad”*.

Es verdad que encontramos muchos inconvenientes. Puede que una cierta reserva o timidez no termine de dejarnos acercarnos a los jóvenes para hacerles propuestas. Quizás nos paraliza un poco la necesidad de arriesgar porque cabe la posibilidad de no ser correspondido muchas veces. Probablemente tenemos ya la experiencia de sabernos vulnerables porque hemos dado muchas veces el primer paso sin haber obtenido correspondencia alguna. Sin duda, nos vemos acorralados por la falta de tiempo ante una enorme diversidad de tareas que tenemos que sacar adelante.

Es necesario que renovemos nuestra ilusión, que reprogramemos nuestro trabajo y favorezcamos una espontaneidad personal que facilite el que podamos llegar a los jóvenes. Ya en *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco nos exhortaba: *“Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación más informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un discípulo misionero cuando visita un hogar. Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino.”*(127)

Y en el número 129 nos previene: *“Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos cómodos y no provoquemos avance alguno y, en ese caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia.”*

LA PASTORAL DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES.

Desde la Pastoral Juvenil y el acompañamiento personal podremos realizar una buena Pastoral vocacional. Aquí tenemos la *“llave de la cosecha”* en expresión feliz del beato Manuel Domingo y Sol, fundador de los Operarios, que dedicó su vida a la promoción de vocaciones sacerdotales. Uno de sus hijos, el Beato mártir José Prats, fue durante 16 años rector de nuestro Seminario.

Cuando hablamos de las vocaciones al sacerdocio ministerial, no estamos pensando en una Iglesia clericalizada, no. El Pueblo de Dios y los fieles ocupan el lugar primero y fundamental de este gran misterio que es la Iglesia de Cristo. Y al servicio de ese Pueblo está el sacerdocio ministerial. Dos son las dimensiones esenciales de este Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia: la dimensión mariana y la dimensión petrina. La dimensión mariana consiste en la santidad que todo el Cuerpo recibe de su Esposo, Cristo, y que tiene en María su referencia. La dimensión petrina es la articulación que ese mismo Cuerpo recibe de Cristo Cabeza, para vivificar a su Cuerpo. Su referencia es Pedro, prolongado en sus sucesores. La dimensión mariana es primera y fundamental, pero también la dimensión petrina es imprescindible como prolongación de Cristo Cabeza.

Este Pueblo de Dios es un pueblo articulado por su mismo Fundador y, en esa articulación, un elemento esencial son los Apóstoles y sus sucesores, los obispos, y sus colaboradores, los presbíteros y diáconos. Es decir, aquellos varones elegidos por Dios y puestos al servicio de este Pueblo santo, mediante el sacramento del Orden. Los obispos y los presbíteros prolongan a Cristo cabeza y esposo de la Iglesia, que es su cuerpo y su esposa. Sin ellos, no hay Eucaristía, no hay Iglesia. Por eso, son un elemento de primerísima necesidad para la supervivencia de la Iglesia en cualquier parte de la tierra y en cualquier época de la historia; son verdaderamente imprescindibles.

Siendo esto así, es un gran don de Dios a su pueblo que haya suficientes ministros sagrados para la celebración de la Eucaristía y los sacramentos, y por eso hemos de pedir continuamente al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies (Mt 9, 38). No es ningún clericalismo, por tanto, pedir y trabajar para que haya sacerdotes para la Iglesia. Si hay sacerdotes, habrá muchos más seglares y habrá vitalidad en las parroquias y en la Diócesis.

LA FRAGILIDAD DE NUESTRO SEMINARIO.

Sé que todos somos conscientes de la fragilidad de nuestro Seminario; no hay que insistir mucho en ello. Estoy seguro de que compartimos la tristeza que la falta de nuevos ingresos, especialmente al Seminario Mayor, nos produce.

Hemos visto como algunos compañeros han abandonado el camino en estos años. Es bueno que el proceso de discernimiento y de formación sacerdotal se realice en plena libertad y con gran exigencia. Por eso no debe ser considerado negativamente el hecho de que algunos hayan abandonado el camino. Siempre ha sucedido y, si verdaderamente descubren que su vocación no es auténtica, debe seguir sucediendo.

Por otra parte, compartimos la alegría de las ordenaciones que con tanto gozo hemos vivido los últimos años. Cada vocación es un milagro de Dios en estos tiempos y en estas circunstancias. Por cada vocación que nos ha regalado, al ver a los que ya estáis ordenados y al ver a los seminaristas que tenemos, damos gracias a Dios por lo bueno que es con nosotros.

Pero necesitamos nuevas vocaciones. Sin duda que Dios puede hacer llegar su llamada como quiera y a quien quiera, sin necesidad de nosotros. Pero es igualmente verdadero que, habitualmente, se sirve de mediaciones para ello. Así ha sido también en nuestra historia personal, ¿verdad? Caigamos en la cuenta de que, si en nuestra biografía vocacional no hubieran estado aquellas personas y experiencias concretas a través de las cuáles pudimos percibir la voz del Señor que nos llamaba, habría sido mucho más difícil descubrirla y responder a ella.

¿No vamos a dar gratis lo que hemos recibido gratis? Me lo habéis escuchado muchas veces y se continúa comprobando que es así: cada sacerdote debe tener entre sus tareas prioritarias ésta de despertar y alentar las vocaciones al sacerdocio ministerial en su parroquia, en sus grupos, en su entorno.

¡VAMOS A INTENTARLO DE NUEVO!

La fidelidad de María, nos dice el papa Francisco, se ha transformado en esperanza e, incluso, en valentía. *“Ella, a pesar de que no siempre comprendía todo lo que estaba sucediendo, se nos muestra como una mujer valiente, que no se detiene ante las dificultades”*. Estas actitudes que ha vivido María son las que ha dejado a la Iglesia en el tiempo que compartió *“junto a los discípulos de su Hijo, acompañándolos y animándolos como madre de esperanza”*. *“No estamos huérfanos, tenemos una madre en el cielo. Es la santa Madre de Dios, que nos enseña la virtud de la esperanza”*.

Tenemos por delante unos días preciosos en los que honrar y dar gracias a Dios por nuestra Madre Inmaculada. Tenemos que ponernos, en primer lugar, a preparar con cariño todo lo necesario para sus fiestas. Los predicadores de la novena se pondrán en camino, los que vivimos en casa dispondremos los elementos materiales necesarios, también para acoger a los que vendrán a acompañarnos.

En segundo lugar y más importante, tenemos que preparar la disposición interior para que nuestra fiesta sea un verdadero acontecimiento espiritual. La oración de estos días, el Rosario y la Eucaristía, el sacramento del perdón, el estudio, la lectura de la Exhortación postsinodal... etc, tienen que ayudarnos. Sí, es lo que hacemos siempre, pero hay que renovar el fervor. No dar nada por sabido. Abrirnos a la gracia de Dios y acoger sus llamadas a la conversión. Crecer en virtud y dar pasos adelante en nuestro camino de santidad.

Además, recogiendo todo lo que he querido comentaros, en la dinámica del Sínodo y también del Mes Misionero extraordinario que acabamos de vivir, os invito y me invito, a hacer un esfuerzo estos próximos días por acercarnos, invitar, acompañar y ofrecer a los jóvenes la posibilidad de abrirse a la experiencia de Dios.

Desde la amistad y el trato cordial, ¿por qué no invitamos a algún joven a participar con nosotros en alguno de los actos de estos días? Tenemos muchas excusas y oportunidades, desde los días de la novena a la fiesta, desde el Rito de Admisión hasta el *Akathistos*. No hace falta que sean muchos, basta que sea uno.

Todos podemos hacerlo. Los sacerdotes que vais a venir a predicar, ¿por qué no invitáis a un joven de vuestras parroquias o colegios donde trabajáis a venir con vosotros y que conozcan el Seminario? Los seminaristas menores, tenéis amigos y compañeros de clase, ¿por qué no les invitáis a participar un día en la novena o a venir a colaborar en el *Akathistos*? Los seminaristas mayores lo mismo. Invitar, acercarnos, proponer, poner los medios... que no quede por nosotros.

¿Podremos ofrecerle a la Virgen estos días un regalo más bonito que el de traerle más hijos a su encuentro? Será la mejor flor, el canto más hermoso, el sacrificio más verdadero. ¡Vamos a intentarlo de nuevo!

SAN JUAN DE ÁVILA.

En este año 2019, nos encontramos en el 450 aniversario de la muerte de san Juan de Ávila, su *dies natalis*, que se produjo el 10 de mayo de 1569 en Montilla. Con este motivo, en el Seminario Mayor, nuestra lectura espiritual de este curso será de algunas obras y textos del Maestro Ávila.

Os recomiendo a todos su lectura. Es un gran reformador en una época bien difícil de la Iglesia en general y del clero en particular. En sus escritos, descubrimos una buenísima teología del sacerdocio ministerial y un amor enorme por las vocaciones. Además, como sabéis, es el gran impulsor de los seminarios en el Concilio de Trento y un trabajador infatigable por la buena formación de los sacerdotes.

Amor al sacerdocio y amor a la Virgen María compiten en sus páginas. Nos mueve a convencernos de una vez por todas que sólo la santidad sacerdotal dará sentido y fruto apostólico a nuestra vida ministerial. *“Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hecho semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre... ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso...? Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad”*.

Sacerdotes, seminaristas, amigos todos, nos conviene gran santidad. Sólo ella hará de nuestras vidas una existencia auténtica y verdadera. Que la Inmaculada y San Juan de Ávila intercedan por nosotros.

Las puertas del Seminario se abren para todos. Su Capilla Mayor se reviste con sus mejores galas. Sed todos bienvenidos. Aquí os estamos esperando. Os espera sobre todo Ella, nuestra Madre Inmaculada. Desde el día 27 en la novena. El día 5 en el canto de las Vísperas y el 6 en la Fiesta. Y el día 7 en la Vigilia del *Akathistos*. Vengamos acompañados y acompañando a otros, especialmente a algún joven que tengamos cerca. Vengamos al menos con la ofrenda de haberlo intentado de nuevo.

Rezamos por los seminaristas menores y mayores. De modo particular por Gonzalo, que se dispone a recibir el Rito de Admisión. No dejemos de pedir, por favor, que el Señor continúe llamando a otros a su seguimiento en estas tierras nuestras “vaciadas”, no sólo de habitantes sino, por desgracia, también de fe y de vida cristiana.

**Bendita sea la Santa e Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María,
Madre de Dios y Patrona de nuestro Seminario**

Enrique Martínez Prieto
Rector del Seminario Mayor